

Como podemos imaginar, la valoración de la realidad siempre quedará inconclusa e insuficiente desde el prisma de la utilidad o la inutilidad. Pese a esto, la deuda con el psicólogo neoyorkino es impagable al propugnar el estudio de las religiones mediante una nueva ciencia, la Ciencia de las Religiones, como repetidas veces trata de animar en su obra. Por este motivo y por todas las ganancias adquiridas en su desarrollo, la lectura de la obra es obligada para quienes deseen acercarse al fenómeno religioso, independientemente de su disciplina de estudio. Sin duda, hay que agradecer una vez más a la editorial Trotta, que siga haciendo accesible esta y otras obras al público de habla hispana a favor de la cultura. SANTIAGO GARCÍA MORUELO

Gagliardi, Achille. *Comentario a los Ejercicios Espirituales de san Ignacio*. Editado por José A. García. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia Comillas, 2018, 222 pp. ISBN: 978-84-271-4234-3.

Achille Gagliardi (1537/8-1607), jesuita italiano, ejerció un influjo hasta ahora poco conocido en la espiritualidad de los siglos XVII y XVIII. Con la presente edición de este *Comentario*, traducido por Ramón Gómez y editado por José Antonio García, contribuye a la continuidad del carisma ignaciano y al rico patrimonio que generaciones anteriores han legado al ministerio de dar los *Ejercicios Espirituales* y a la elaboración teológica y espiritual subyacente de los mismos. La edición se estructura en dos partes: a) un comentario global a los *Ejercicios*; b) una explicación en detalle acerca del discernimiento de espíritus.

La *primera parte* permite a Gagliardi analizar los diferentes pasos y temas de la estructura de los *Ejercicios* realizando una distinción entre oración y examen como dos operaciones diversas. Así, el primer capítulo trata sobre la oración. Entrar a ella supone un «recogimiento previo del alma» (p. 40) y que se plasma cuando el texto ignaciano afirma: «Entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad» (*Ej* 5) o bien «resumiendo el ejercicio que tengo de hacer» (*Ej* 73). Dada la importancia de esta experiencia espiritual al modo ignaciano, Gagliardi recomienda dar una instrucción previa al ejercitante sobre qué es la oración y sus partes ya que esta, en definitiva, no deja de ser «la unión y participación con Dios por el coloquio, para conseguir por su medio los dones necesarios para la salvación y perfección propia y de los prójimos» (p. 43).

A lo largo de la tradición teológica y espiritual, de muchas maneras, sin cesar, se ha definido la oración. Pero, según el autor, la dimensión cristológica es central para comprender el *Deus semper maior*. Ahí radica la grandeza de Dios y la nada del hombre como «principio y fundamento» que persigue la vida en el Espíritu y sobre la cual se construye la indiferencia o la desapropiación de sí para que la voluntad humana se sumerja en la divina. A raíz de la estructura ignaciana, Gagliardi aborda los preámbulos o preludios (la composición de

lugar y la petición de la gracia). Sobre el primero, el autor apela a la autoridad de Ignacio para presentar el ojo de la imaginación en su función deíctica, es decir, la vista imaginativa señala la materia que se debe considerar en la oración. Además, ofrece una nueva doble dimensión: el ojo de la imaginación que mira la realidad material (personas, lugares y circunstancias) y la realidad espiritual (símbolos, ejemplos, comparaciones). Acerca de la petición de gracia, Gagliardi la entiende desde una perspectiva esponsal, porque fija el afecto. Si la oración preparatoria introduce al ejercitante en el «palacio divino», los preámbulos lo sitúan en la antecámara del Esposo. Así, se prosigue con la meditación –lo que el texto ignaciano denomina «puntos»– que mueve la memoria, el entendimiento y la voluntad; y la aplicación de sentidos (*Ej* 121-126). Aquí el autor se encuentra entre los defensores de los sentidos espirituales místicos. Ya sobre el coloquio, Gagliardi lo concibe como la forma de oración más propia de la voluntad, porque mueve el corazón del ejercitante y hace crecer la reverencia con ese «intercambio familiar» cuya materia es la acción de gracias por los beneficios de la oración, el ofrecimiento del propio ejercitante y la petición de gracias.

El segundo capítulo trata sobre el examen como operación espiritual que Gagliardi distingue de la oración: «El examen conduce al hombre a la perfección por la reflexión sobre su hacer cotidiano» (p. 61). De hecho, la práctica del examen arroja luz en la vida del cristiano. Por su parte, el tercer capítulo se centra en las condiciones de quien da y de quien recibe los *Ejercicios*. Desde el inicio, Gagliardi las enmarca en una relación maestro-discípulo y la edición que presentamos las sistematiza en las siguientes categorías. Primero, la aptitud. Para quien los da no es suficiente la simple experiencia de los mismos, porque se requiere capacidad analítica profunda a la vez que celo o práctica en ello. Segundo, la prudencia y sinceridad. Gagliardi describe la prudencia como una de las virtudes esenciales del ejercitador ya que en su mano está el acomodar, adaptar, cambiar, prescribir, añadir, aumentar o disminuir el modo y el orden de la experiencia a la luz del proceso del ejercitante. Este, en cambio, debe ser sincero en lo que concierne a la variedad de mociones que se agitan en su interior. Tercero, el modo de enseñar y aprender. Su gran característica reside en la gradualidad y en la práctica de los ejercicios subrayando, así, la técnica y el método. Cuarto, el modo práctico de proceder que facilita luz para purificar los pecados, cerciorarse de la forma de vida o vocación y llegar a la perfección y culmen de la caridad y unión con Dios.

Por su parte, el capítulo cuarto aborda la debida preparación que los *Ejercicios* requieren: modo de preparar el espíritu, distribución del tiempo, una instrucción inicial, el modo de dar los puntos y la conversación espiritual. Estos elementos crean las bases metodológicas de la experiencia ignaciana. Y aquí conviene señalar cómo Gagliardi entiende el modo de orar. Realiza una distinción interesante entre la oración (sinónimo de contemplación) y ejercicio espiritual, que ofrece una dimensión práctica respecto a la primera. Este primer bloque concluye con los capítulos 5-8 donde se comentan cada una de las semanas de los *Ejercicios*,

desde la primera pasando por la materia de elección hasta la cuarta. Claramente, el autor sigue el esquema clásico de las vías espirituales (purgativa, iluminativa y unitiva). Si bien el texto ignaciano no habla de la tercera, resulta original la colocación de la *Contemplación para alcanzar amor* como pórtico de la tercera y cuarta semana, y no al final del proceso de los *Ejercicios*. Este «principio y fundamento» inaugura la consideración de la Pasión de Cristo y de su Resurrección y Gloria, porque para Gagliardi el amor es la forma de alcanzar la unión con Dios que se ofrece de manera gradual a partir de los cuatro puntos de ese ejercicio.

La *segunda parte* del *Comentario* –publicada más tarde que la anterior y dirigida a un público más amplio– atiende el discernimiento de espíritus. Ya desde los preliminares y en clave expositiva, Gagliardi de un lado describe una curiosa distinción entre mociones naturales o internas y ajenas o externas (discernimiento fácil y poco útil), según el autor, y que trata en el primer capítulo; y, de otro lado, aquellas malas y buenas (más difícil y útil), que expone en el segundo. El tono combativo, característico de la época, subraya la lucha interior a partir de dos fuerzas adversas que se contraponen con sus valores antagónicos: el bien y el mal. Sin embargo, sorprende este jesuita italiano cuando habla de los medios que el mal espíritu utiliza para instigar a la persona a sus fines: la vergüenza, la desconfianza y las sospechas, la antipatía y la repugnancia que se aleja de toda comunicación o el temperamento melancólico o astuto y sagaz, que se cree preparado suficientemente y no necesita de ninguna ayuda. Los tres capítulos finales se ciñen a la consolación y desolación espirituales, a los engaños de la voluntad y del entendimiento. Aquí Gagliardi presupone que el amor es la fuente de toda moción. El amor de la consolación proviene de Dios mientras que el amor propio conduce inevitablemente, tarde o temprano, hacia la desolación como origen del mal y de sus engaños.

Este *Comentario* es una excelente edición y trae a la luz la importancia sucesiva de los *Ejercicios Espirituales* «no solo para recibirlos frecuentemente en sí mismos, sino para continuarlos durante su vida, de tal modo que puedan ofrecerlos después, con gran fruto, a los demás» (p. 215). EDUARD LÓPEZ HORTELANO, SJ

Lécrivain, Philippe. *París en tiempos de Ignacio de Loyola (1528-1535)*.

Volumen 64: *Colección «Manresa»*. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia Comillas, 2018, 214 pp. ISBN: 978-84-271-4177-3.

En una carta que Ignacio de Loyola fechó el 3 de marzo de 1528, daba noticia de su llegada a París un mes antes. Sin duda, se abría una nueva etapa en la biografía del fundador de la Compañía de Jesús. Los siete años que permaneció en París fueron especialmente importantes para su formación y para ir encontrando a los primeros compañeros en la gestación de un proyecto que fue adquiriendo forma en este periodo. Así se podría resumir la propuesta de Philippe